

Sábado 9 de mayo de 2009

1001

Suplemento Cultural Tres Mil
Diario **Co** Latino

MÁS DE UN SIGLO DE CREDIBILIDAD

| FUNDADO EL 24 DE MARZO DE 1990 |

| AÑO DIECINUEVE | SEGUNDO CENTENARIO |

www.diariocolatino.com

«Madre ya no estés triste
la primavera volverá
Madre,
con la palabra Libertad»
Silvio Rodríguez



Madre

Maternidad / Obra de Francisco Zúñiga



SI HAY **DESAPARECIDOS** NO HAY PAZ

**¿DONDE ESTÁ
ARQUÍMIDES CRUZ?**

Punto de Reflexión

Más atropellos a la dignidad nacional

■ **Álvaro Darío Lara** | Poeta y escritor salvadoreño

1.

Los últimos acontecimientos políticos en el país no pueden ser más dramáticos para el proceso democrático que todos esperamos, como resultado del gane de la izquierda nacional, en los pasados comicios.

La imposición de Ciro Cruz Zepeda, por parte del bloque de derecha, como nuevo presidente de la Asamblea Legislativa, no sólo violenta la esperanza popular respecto al “cambio” político que debe primar en la institucionalidad salvadoreña, si no que se convierte en una muestra del envalentamiento que la derecha pretende espetar a la Nación, mediante la fórmula “mágica” de sus 47 votos, que constituyen la mayoría simple en el congreso nacional, y a través de los cuales está demostrando su actitud de bloqueo a las futuras iniciativas del ejecutivo.

Ciro Cruz Zepeda, su partido, el nefasto PCN, ARENA y el PDC, sólo representan el viejo régimen donde el compadrazgo, el nepotismo, las alianzas oscuras con los grupos de poder tradicional, y con las estructuras delictivas internacionales son las características más esenciales de su naturaleza de corrupción y atropello al marco legal.

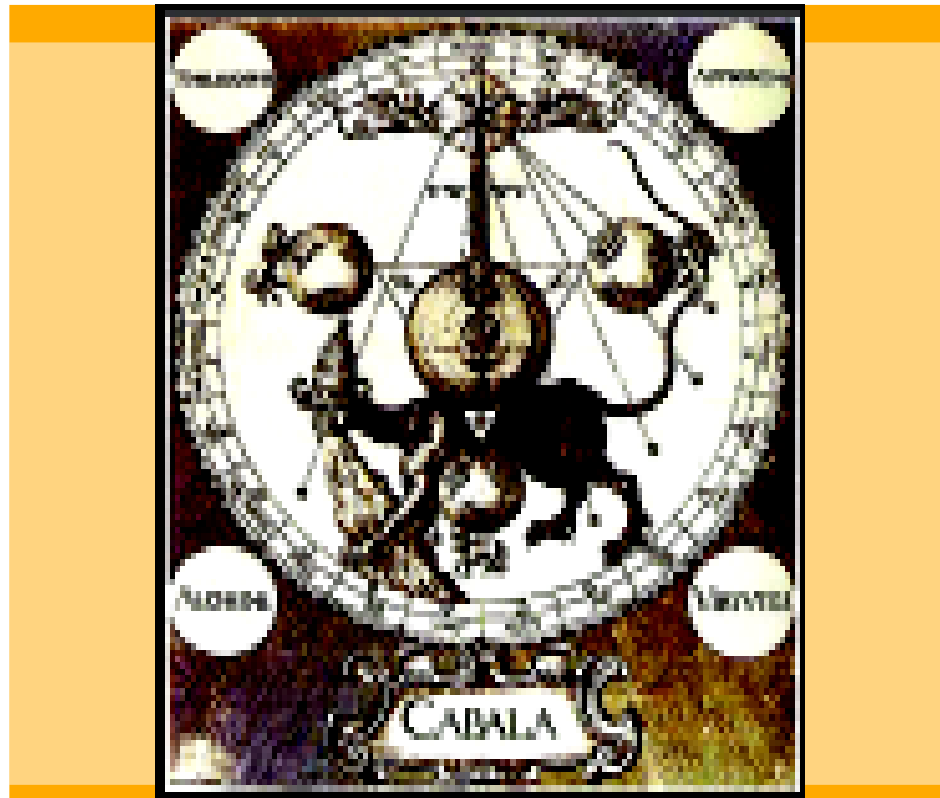
¿Cómo es posible que individuos de esta talla, vuelvan a la palestra política al frente de la Asamblea Legislativa? ¿Qué mensaje ha enviado el bloque de derecha, al insistir en una carta tan viciada, como la que representa el diputado Cruz Zepeda, existiendo dentro de sus filas otras figuras menos -escandalosamente- corruptas como ésta? No hay duda, que la derecha pretende construir una aparente muralla de unidad, frente a una izquierda que debe -urgentemente- anteponer sus intereses de grupos y de partido, en función de una agenda nacional. No es posible, que al interior del FMLN, lleguen a primar más las diferencias (naturales, para el caso de un partido político), que los acuerdos vitales, sobre todo, en este delicado momento de la transición, y desde luego, en el futuro gobierno.

2.

En otra dirección, extrañeza nos ha causado el comportamiento de la bancada del FMLN, en el “espectáculo vergonzoso” que protagonizó en días pasados, la Asamblea Legislativa, al hacer gala de todo su “miedo conservador” frente al tema -perversamente manejado y explotado por la prensa amarillista- de los supuestos “matrimonios entre homosexuales”.

La comunidad gay, lésbica, bisexual, transexual y de otras tendencias en el país, jamás ha solicitado, ni se ha pronunciado, en ningún sentido, sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo. Esta no es ni siquiera una solicitud, ni una bandera del movimiento gay en El Salvador.

Este fantasma fue introducido inicialmen-



te, por la mente perversa de Rodolfo Parker, quien acompañado, en primera instancia por los bloques conservadores, y luego -por desgracia- (utilizando una semántica distinta a nivel retórico, pero idéntica, en su esencia), por la bancada misma del FMLN. Se entiende que la derecha nacional, por su tradición de ignorancia, de furibunda intolerancia, y de marcada doble moral, se pronuncie de forma condenatoria al derecho a la libertad sexual, que asiste a cualquier ciudadano o ciudadana de una sociedad civilizada. Pero que el FMLN, con su discurso progresista, le haga la “corte”, a través de su diputado Hugo Martínez y de su bancada, al arzobispo de San Salvador, en sus “visitas” a la Asamblea Legislativa, portando y exhibiendo las famosas 300,000 firmas de una cruzada anacrónica y fuera de todo sentido, es completamente inadmisibles.

Tanto el pleno legislativo, como el arzobispo de San Salvador, deberían estar más preocupados, por problemas reales del país, buscando alternativas de solución ante situaciones tan graves como: la crisis económica, la migración, la inseguridad, la fragilidad institucional, la cultura de la violencia que campea a diario en El Salvador.

Como bien dice, el arzobispo de Guatemala, ante los matices de “montaje publicitario” y de “cortina de humo” con el que se está manejando el tema del virus A/H1N1, en el vecino país (y en el nuestro, vale la pena señalar): la violencia social, cultural, en Guatemala (al igual que en El Salvador) es la responsable de la mayor cantidad de muertes, que otras epidemias o enfermedades que han asolado nuestros países.

¿A qué le temió el FMLN al no adoptar una posición más coherente, científica y humana, ante el tema de la intolerancia hacia la homosexualidad, que es en realidad el tema de fondo, no los supuestos matrimonios, menos la posibilidad de los homosexuales de adoptar hijos en el futuro? ¿Por qué el FMLN sobredimensiona -políticamente- la influencia de los moralismos religiosos en el país?

Es que el “cambio”, nunca llegará si en materia cultural, no empezamos a diferenciarnos de los discursos al estilo de la señora Regina de Cardenal y sus similares, en las páginas de los medios impresos matutinos.

Homosexuales hubo, hay y habrán de todos los niveles, colores y tamaños, en la política (¿o todos los políticos son heterosexuales?), en la iglesia (donde por cierto, la iglesia católica ostenta el nada envidiable record en abusos comprobados en niños y adolescentes, frente a otras denominaciones religiosas) en la educación, en el arte, en las empresas, en fin, en todo el mundo. Los homosexuales no desaparecen por reformas constitucionales, por decretos, o por cualquier acción “legal” (no legítima). Ya es tiempo, que abramos los ojos y los oídos, ante otras realidades, y no repitamos -FMLN- el desatinado comportamiento ante temas que merecen más profundidad, y menos “politiquería”.

La comunidad gay de El Salvador, representa uno de los grupos más victimizados por la violencia institucional, social y cultural, ¿por qué entonces, prestarse a estas acciones demagógicas de falsa protección de la “familia” y de los “valores”, dándole carácter de realidad a una demanda inexistente? ¿Por qué recurrir a

la comunidad gay para lavarse las manos de gruesos pecados sociales, y vestirse de “decencia” ante los salvadoreños y salvadoreñas? ¿Por qué la iglesia católica (cuya voz dista tanto hoy en día, de la voz de nobles pastores como Monseñor Romero) se empeña en acentuar más la homofobia y la discriminación frente a los y las homosexuales? Sin lugar a dudas, dejamos a la ciudadanía y las instituciones señaladas, en esta oportunidad, la respuesta reflexiva ante estas incógnitas.

3.

Para finalizar, siempre hemos sostenido que el apoyo, que el sostén de cualquier gobierno que se precie de representar la voluntad popular, se encuentra en la conexión fuerte, vigorosa, entre pueblo y gobierno. Si los sectores, que hicieron posible el gane presidencial del FMLN, el pasado 15 de marzo, no son escuchados, esto significaría una gravísima señal, que tendría costos muy elevados en materia de gobernabilidad.

La gobernabilidad exige al FMLN y a sus candidatos ganadores, entendimientos prácticos, fidelidad a las ofertas electorales, al programa surgido de la consulta nacional.

El sector cultural, al igual que el resto de los sectores, espera una franca interlocución del FMLN y de su Presidente Electo, en este momento de la transición política. Es importante que el FMLN repare con atención no sólo en los temas económicos, sociales, de seguridad, sino también en la parte educativa y cultural, que constituyen los grandes motores de la edificación moral del país.

Por lo tanto, el sector cultural demanda, que exista claridad y rendición de cuentas, por parte de la institucionalidad que entrega el poder, en el área cultural; como también actitud concertadora de la nueva administración que emerja a partir del 1º de junio.

La generación y puesta en marcha de una auténtica política cultural no puede esperar. Hay que crear nuevas instituciones y rescatar las ya existentes, como: Televisión Educativa y Cultural, Canal 10; Radio Nacional, Casas de la Cultura, Museos, Bibliotecas, Dirección de Publicaciones e Impresos, que fueron desnaturalizadas en esta administración sirviendo más a la gorda, ineficiente e inoperante burocracia estatal, que al pueblo mismo.

Esta cultura del compadrazgo, del nepotismo, de la imposición, del amiguismo no puede ser reciclada una vez más.

El sector cultural extiende sus brazos en el momento actual. Pero espera, al igual que la ciudadanía, signos visibles en los primeros 100 días del nuevo gobierno. Estaremos pendientes.

DEDICATORIAS

Ambar Past

Dedico este poema a los hombres que nunca se acostaron conmigo
a los hijos que no tuve
a los poemas que nadie escribió

Dedico este poema a las madres que no amaron a sus hijos
A las que murieron en hoteles
sin que nadie les acompañara

A los poetas que viven olvidados en alguna antología
Al poeta en su velorio con la boca cerrada para siempre

Lo dedico al autor de las pintas en los muros
Al torturado anónimo
Al que nunca dijo ni su nombre

Dedico este poema a los que gritan de dolor y también a las parturientas
Lo dedico a los suicidas
Al que lava cadáveres
A las mujeres que se acuestan con todos
A los que siempre duermen solos

Dedico este poema a los que no frecuentan cafés ni piscinas ni saben hablar por teléfono
A los que no entran en los bancos ni salen en la tele
A las de la primaria vespertina que reciben declaraciones de amor con faltas de ortografía
A los poetas que nunca empiezan a escribir
A las que no se atreven a opinar ni a levantar la voz
A las que no pueden estar felices sin el consentimiento del macho
A las que duermen con sus delantales puestos y piensan en el quehacer mientras sus maridos eyaculan prematuramente
A las que tortean en jacaes y no tienen sillones

A los que arrullan a sus hijos en tsotsil y traen mugre bajo las uñas
A los pepenadores
A los que chaporrear siembran nopales y comen tortilla con sal
Al sereno que también trabaja de día
A la de la chancla rota que tiende cien camas cada mañana
Al viejo sin dientes que merca chicle en la playa
A los que viajan parados a la tierra del cacao
A las que traen las caras negras y la cicatriz del llanto en su sordera

A la que da el pecho a su hijo en el cañaveral
A los que buscan el arco iris en el aceite de los charcos
A la que chapotea en las cascadas y se moja el pelo con

[agua de lirios
A los remeros que inventan el canto con sus brazos
A los que lavan el nixtamal bajo la lluvia
A las que acarrear el agua en cántaros y caminan por la carretera

A la niña viendo luciérnagas
A la niña con el candil en la mano
A los chamacos que saltan con el rastrojo en llamas
A los que corren sobre el fuego entierran a sus muertos en la cocina y cantan entre los escombros

Al que engaña a su muerte en la cama de los moribundos
Al que baja de los cerros para no quemarse con las estrellas
Al que agarra la mano de la muerte y baila con ella

A las que tienen muchas nueras y cargan iguanas en sus cabezas
A los colochos que venden nieve en tierra caliente
A los camaroneros divisando el cometa de madrugada
Al que arremanga su camisa y pide un hacha
A la que vende tamal de bola, de mumu y chipilín
A los que cortan elote tierno para comerlo crudo y amarran la pata del perro que roba pollo
A los que hacen las maracas y matan por amor
Al que se avienta al hoyo en el entierro de un amigo.



Al poeta que no puede bajar del techo por estar tan enamorado

Al que hace lo que puede

Dedico este poema al hombre encadenado
A los niños golpeados
A los hijos de alcohólicos
A las que cuidan a las criaturas de otros y ven a las suyas

[cada quincena
A la que trapea en el colegio y no sabe firmar su nombre
A las que comen en la mesa del hospicio
A los tullidos que se acurrucan junto al horno en alguna panadería
A los que atienden los baños públicos y barren las calles al amanecer
A las que bailan en cabaretes y están hartas

Dedico este poema al amasador de adobes que muere en la casa

[que construyó para otro
A los que se escaparon de noche cuando el volcán sepultó su iglesia
A los vecinos que ya enterraron a sus hijos uno tras otro como los años que pasan
A los que han tenido que vender a sus hijos su sangre y su sexo

A los que nada tienen que perder

Dedico este poema a los peones acasillados que invaden

[las tierras del patrón
A los que cavan túneles debajo del dinero
A los que prenden lumbre al ingenio
A los que no echan sombra y sin luna dinamitan los puentes
A los de trece años que se van a la guerrilla y conocen mujer por primera vez en la montaña
Para los dos heridos
Para Las Pelonas
Al tacuazín de Olga
A los chuchos apaleados

A niños que nacen en países donde la verdad está prohibida por ley
A los que han adoptado otro nombre y llevan años sin saludar a la familia
A los que nunca durmieron en la misma cama y comparten la fosa común

Dedico este poema a la madre que busca a su hijo en el anfiteatro
entre otros poemas decapitados
A la que no puede decir cuál cadáver es el suyo y se despide de cada uno con un abrazo

De piscuchas, barriletes
y otros cometas

Margarita Marroquín

Buzón de treguas

Uno tiene amigos así: son de aquellos que lo conocen a uno de toda la vida, y que durante algún tiempo han sido el mejor de todos. Son los que tenían una frase de aliento, un buen chiste, un hombro para llorar, otra forma de ver la vida y hasta una de las mejores declaraciones de amor. De esos que en algún momento nos parecen más que admirables, y conforme los años van pasando van recorriendo un camino paralelo al de uno; y uno se los encuentra menos, pero no por eso es menos el cariño. Y él, para mí, es así.

Tengo pocos amigos y Anibal es el mejor, dijo él una vez. No, no soy Anibal. Soy una de las que leyó esa historia y decidió que le gustaba el autor de la historia. Esta es *La Tregua*, y él es Mario Benedetti, premio Internacional Menéndez Pelayo 2005, Iberoamericano José Martí 2001 y Reina Sofía de Poesía Iberoamericana 1999. Desde que lo conocí me dio por leerlo y escucharlo. Hay quienes dicen que no le encuentran la virtud o algún punto extraordinario, pero justamente de él me encanta eso: su sencillez y su acierto a la hora de elegir las palabras más anormalmente cotidianas para contarme que a él le pasan las cosas que a mí. Con sus salvedades de edades, geografías y exilios o desexilios, me gusta leerme y encontrarme entre sus páginas.

La cosa es que me encanta. Hay libros y poemas suyos que siguen siendo míos, no importa cuántos años hayan pasado o cuántas veces los haya leído (o quizás por esos años y esas veces). Y es por eso que hoy lo digo en voz alta, porque supe que está enfermo, y decidí que no quería esperar a que él se fuera a la luz, a su Luz, para volver a reconocer que gracias a sus palabras aprendí a querer escribir y a querer las leyes no escritas sobre cómo escribir para ser entendida.

Y entonces, si pudiera, pondría carta en un buzón de treguas (que quizás pueda ser el mismo *Buzón de tiempo*) para pedir que él, Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno Benedetti Farrugia, tenga su propia pausa o paréntesis de enfermedades y tristezas. Aunque eso signifique que nunca lo conozca, o que el mundo se quede sin su respiro. Es lo que uno hace por los amigos. ¿O no?

Me tomé la libertad

■ Salvador Canjura | Escritor salvadoreño.

Más le hubiese valido a Wilmots huir de aquel extraño en la primera ocasión que lo vio en el estacionamiento. El tipo fumaba un cigarrillo que despedía un olor dulzón, imposible de soportar. Era como si estuviese fumando tabaco cubierto de chocolate.

Luego de salir de la oficina, Wilmots observó que su automóvil lucía impecable. Había sido lavado con mucho esmero. El sol de la tarde se reflejaba sin dificultad en la superficie. Encontró una nota en el parabrisas. «Me tomé la libertad de lavar su vehículo». No estaba firmada, pero Wilmots supo de inmediato que el autor era el hombre que vio en el estacionamiento por la mañana. El olor empalagoso de sus cigarrillos se había quedado impregnado en el trozo de papel.

Tres días después, luego de un fin de semana en que el automóvil quedó cubierto de polvo y lodo, Wilmots recordó el favor que el desconocido le había hecho. Por ello no se animó a lavar el vehículo por sí mismo. Era un trabajo que detestaba. Su piel blanca sufría cortaduras por el jabón y el agua. Y qué decir del tiempo que perdía. ¡El tiempo que podía invertir en leer los periódicos de la tarde! Tampoco le gustaban los lavados automáticos, ya que nunca dejaban reluciente la carrocería. Prefería circular por las calles con la mugre del mundo en el parabrisas, resignado a esperar la siguiente lluvia. ¡Ah, pero todo cambió para bien! ¡Qué buen trabajo había realizado ese hombre! Sin pedirle nada a cambio se tomó tantas molestias. ¡Ahora sí conduciría con orgullo por el vecindario, sin temer a las burlas de los vecinos!

Tal como Wilmots imaginaba, al salir de la oficina encontró que el automóvil lucía tan bien como el día en que lo compró. Lo revisó con ojo clínico, para encontrar alguna imperfección en la faena. Imposible. No pudo menos que admirarse. «Me tomé la libertad de lavar su vehículo, pues he notado que lo utilizó el fin de semana», decía esta vez la nota del parabrisas. Wilmots no tuvo que esforzarse para percibir el olor dulzón de los cigarrillos que aquel hombre consumía.

Tres días después, Wilmots se aventuró a dejar sin seguro una de las puertas del automóvil. Al regresar descubrió con agrado la nota de su benefactor. «Me tomé la libertad de limpiar también la parte interior de su vehículo. He notado que los ceniceros estaban sucios y que las alfombras necesitaban una sacudida». Los asientos despedían un ligero olor a vainilla, y no tardó en descubrir que un molesto zumbido en los parlantes había desaparecido. ¡Ahora podría escuchar su estación de radio favorita sin tener que soportar esos ruidos que lo fastidiaban! En las siguientes semanas también encontraría el aire acondicionado reparado, los asientos tapizados y el motor afinado. ¡Jamás pensó Wilmots tener



tanta suerte! Se sentó en el sitio para el conductor, observó sus ojos azules en el retrovisor y se felicitó por tener tan buena estrella.

Luego de varios meses de idilio, sucedió una tarde que Wilmots encontró un par de condones sobre una de las alfombras del automóvil. Era un pequeño detalle que le causó cierta molestia, pero que olvidó al instante. «Me tomé la libertad de invitar a una amiga a contemplar su vehículo». Wilmots observó el interior, el exterior y el motor. No había nada fuera de su sitio. Todo estaba bien. Decidió no darle importancia al incidente. «Es un pequeño favor que puedo hacerle», pensó. «Él me ha ayudado sin pedir nada a cambio».

Ése fue sólo el principio. A los condones siguieron prendas femeninas, paquetes nuevos de cigarrillos y revistas pornográficas. «Me tomé la libertad de invitar a unas amigas. ¡Deseaban conocer el automóvil del que les he hablado tanto!». Y cómo protestar, si el vehículo lucía cada vez mejor. El motor funcionaba muy bien, a tal grado que la esposa de Wilmots se animó a conducir de nuevo, sin temor a que

un desperfecto mecánico la dejara varada en la calle.

Cuando Wilmots compró un segundo automóvil para su esposa, estaba seguro de que no recibiría el mismo trato que el estacionado fuera de su oficina. Se equivocó. Frente a su casa, Wilmots observó cómo el auto de segunda mano mejoraba su rendimiento y recobraba la belleza inicial. «Me tomé la libertad de reparar el vehículo de su esposa. No podemos permitir que ella sufra un desperfecto mecánico mientras lo utiliza». «Me tomé la libertad de pintar el vehículo de su esposa. Así se sentirá más a gusto cuando lo conduzca».

La esposa de Wilmots se sintió mortificada cuando descubrió que en ocasiones su automóvil desaparecía durante la mañana. Sabía que la familia estaba en deuda con este hombre que se molestaba en atenderlos. Debido a los ruegos de su cónyuge no hacía ningún reclamo cuando su propiedad le era devuelta.

-Mujer, ¿no puedes ser más agradecida? -reclamaba Wilmots-. ¡Mira cuánto bien nos ha hecho esta persona!

Ella se sintió culpable por no ser tan comprensiva como su esposo. Por lo tanto, cedió ante el inconveniente, y permitió que su vehículo desapareciera de vez en cuando. No era para menos. El combustible utilizado en estas escapadas era repuesto con creces. El indicador siempre marcaba lleno.

-¡Debería llevárselo más a menudo! -dijo la mujer a su familia, muy contenta, una vez comprendió los beneficios del préstamo-. Este hombre sí que es una bendición.

Luego de los vehículos fue la casa de Wilmots la que recibió los cuidados esmerados. Las goteras, obstrucciones de cañerías, losas rotas, azulejos manchados y escalones astillados dejaron de existir. La casa permanecía ordenada, la ropa en los armarios, los zapatos limpios y la alacena surtida. Los recibos de teléfono eran pagados el mismo día en que se recibían.

A cambio de estos favores el visitante se tomaba ciertas concesiones. «Me tomé la libertad de hacer una reunión con mis amigas. ¡No saben cómo les agradó la casa!», decía una nota que Wilmots encontró pegada con cinta adhesiva en la puerta principal. No parecía que hubiese ocurrido tal reunión, pues el orden era impecable, tal y como se acostumbraba en las últimas semanas. Sin embargo, los niños encontraron sus camas desarregladas y debajo de una de ellas había un látigo con rastros de sangre.

-Un olvido insignificante. Nada de qué alarmarse -dijo Wilmots, saliendo así al paso a las protestas de su esposa.

El siguiente cambio fue más importante para Wilmots. Su esposa y los niños comenzaron a salir con este hombre que los atendía. «Me tomé la libertad de llevar a su familia de paseo. Así usted tendrá tiempo de dormir la siesta por la tarde», era la nota que aparecía en la casa los fines de semana. Y tenía mucha razón. ¡Cuánto gozaba Wilmots de esas horas de descanso! Solo, tirado en la cama o en el sofá, sentía que la vida lo trataba mejor que nunca. «Me tomé la libertad de llevar a su familia a cenar». «Me tomé la libertad de llevar a su familia al cine». «Me tomé la libertad de llevar a su familia al lago».

Wilmots se sentía aliviado de sus tareas domésticas. Subió unos kilos, vio más televisión y logró por fin dedicarse a construir barcos dentro de botellas, un pasatiempo que había dejado olvidado hacía muchos años. «Me tomé la libertad de llevar sus modelos a una exposición. ¡A todos les van a gustar tanto como a mí». Lo único que le contrariaba era que su esposa descuidaba a los niños. «Me tomé la libertad de llevar a su esposa de compras. ¡No sabe cuántos deseos tenía de renovar su vestuario!». Wilmots llegaba a la casa por las noches y encontraba a los chiquillos hambrientos, desesperados por las muchas horas en soledad. Sin embargo, ¿cómo podía hacer algún reclamo? Los autos funcionaban mejor que nunca, la casa permanecía limpia y ordenada, las cuentas se pagaban sin que a él llegaran los recibos mensuales. «Me tomé la libertad de llevar a su esposa a una fiesta. Ella tenía muchos deseos de

conocer a mis amigos». No había más que resignarse a ser comprensivo, comprar comida por teléfono y sentarse a la mesa con los niños, a quienes soportaba menos cada día.

Wilmots y su esposa ya no se veían. Ella llegaba a la cama en la madrugada, y se levantaba antes del amanecer. Por los niños supo que la mujer regresaba a cambiarse de ropa en el transcurso del día, acompañada siempre por el hombre que la acompañaba. ¿Cómo podría reprocharle algo a esta persona, si le había brindado bienestar a la familia? En los últimos días les había obsequiado dos autos nuevos. «Me tomé la libertad de traerles estos vehículos. Es lo que ustedes merecen por ser una familia tan distinguida». Wilmots se sentía orgulloso de manejar una máquina tan poderosa y de bellas líneas. ¿Por qué arruinar una vida ideal con un reclamo tonto que ofendiese a este personaje?

Sin embargo, no pudo reprimir más sus instintos. ¿Cómo hacerlo, cuando su esposa comenzó a dormir fuera de casa? Explicaba que asistía a reuniones que terminaban en horas de la madrugada, por lo que no quería importunar a la familia con el ruido que provocaría a su llegada.

-¡Todo lo que hago es preocuparme por ustedes! -decía la mujer-. ¿Y así es como me pagas?

A Wilmots dejó de gustarle la vida acomodada. Renunció a construir barcos dentro de botellas. En cambio, pasaba largas horas frente a la televisión, y regañaba a sus hijos porque no dejaban de jugar dentro de la casa. A los niños les disgustó la idea de ser corregidos por un adulto en quien ya no reconocían a su padre. Wilmots prefería entonces marcharse a la calle. Ensuiciaba sus automóviles, los llenaba de lodo y luego los escondía, estacionándolos en calles por las que no solía transitar. No obs-



tante, parecía que el hombre que se llevaba a su esposa de fiestas lo espiaba para averiguar sus escondrijos. Los automóviles amanecían sin un gramo de polvo en la carrocería. Lucían impecables, como recién estrenados.

Wilmots decidió seguir a su esposa una tarde de domingo, en la que apareció como una exhalación por la casa para cambiarse de ropa, pues la que vestía olía demasiado a tabaco dulzón. La observó subir a un automóvil negro, de líneas discretas, que era conducido por el hombre a quien había aprendido a odiar en los últimos días, despacio, como un guiso que se prepara a fuego lento. Los siguió hasta una vivienda en las afueras de la ciudad. La pareja entró. Iban tomados de la mano. Wilmots estacionó el automóvil frente a la puerta principal. Bajó del vehículo y caminó hacia la entrada. No tuvo que forzar la cerradura. No estaba asegurada. Una vez adentro observó en todas direcciones. La limpieza y el orden le causaron repugnancia. No había la menor muestra de descuido. Los cojines estaban sobre el sofá. Las cortinas estaban recogidas por una cinta en el medio, para permitir una limitada cantidad de sol dentro de la casa. Al caminar por un pasillo se sorprendió al encontrar prendas de vestir junto a una puerta entrecerrada. Era lo único que no estaba en su lugar. Se aproximó. Escuchó gemidos. Observó dentro de la habitación. Era un dormitorio. La cama era ancha, y sobre ella, su esposa cabalgaba a horcajadas sobre el cuerpo del hombre que había invadido la vida de su familia. Observó las manos de la mujer sobre el pecho velludo, los senos pequeños que eran acariciados por unos dedos sabios e insaciables. El rostro de la mujer transpiraba placer. Era una expresión que Wilmots ignoraba. Jamás la había visto en su intimidad.

Wilmots retrocedió con torpeza. Arrastraba los pies. Tropezó con las ropas que estaban en el suelo y perdió el equilibrio. Por más ruido que provocó no logró sacar a la pareja de su entrega. Estaban en su propio universo. Wilmots se levantó y salió con rapidez de la casa, corrió hacia su automóvil, abrió el baúl y sacó trapos y un recipiente plástico que contenía agua. Comenzó a frotar los trapos sobre la superficie del vehículo, a sacarle brillo a los espejos laterales, a quitar el lodo de los neumáticos. Esparció agua sobre las ventanas y limpió los restos de polvo y lodo que sobre ellos había. Limpió luego los asientos, las alfombras, el timón, la palanca de cambios, los pedales. ¡Todo debía quedar muy limpio! Su esposa y el hombre con quien ella estaba tenían que enterarse de que él también podía mantener su auto sin manchas. No necesitaba de extraños que lo ayudaran a hacerlo. Aseó con esmero los guardafangos, las loderas, el cofre del motor, el techo, la defensa, la parrilla delantera. ¡Debía quedar más limpio que nunca! Las cuatro puertas, el retrovisor, el tablero de control. ¡No podía permitir que la limpieza tuviera un sólo reparo! Los faros, las luces de prevención, las matrículas, los ceniceros...

Desmesuras
Francisco Domínguez

El plan

Hace algunos meses, un alumno se acercó hasta mi oficina y me contó, largo y tendido, que acababa de planificar su vida desde ese exacto día hasta el momento de su jubilación. Al principio, el ejercicio en sí me pareció interesante, pues mostraba aquella humana tendencia a imaginar el futuro que queremos y a realizar, en consecuencias, lo que lo haga posible. Sin embargo, a medida que la narración profundizaba en detalles cada vez más precisos, cual si se tratara de un plano cartesiano cuyo eje horizontal describiera los años y cuyo eje vertical diera cuenta de los meses, un escalofrío invadió mi cuerpo y comencé a ponerme nervioso. El joven afirmaba con una certeza inamovible que, desde ese instante preciso, su decurso vital respondería única y exclusivamente al poder de sus decisiones y, como un elefante en estampida, él se encargaría de ir franqueando cualquier obstáculo imaginable. No contaba, ingenua adolescencia, con la fuerza de la realidad.

Hace un par de semanas, chateando una tarde con el mismo alumno, me contó que el día anterior lo habían operado. La noticia me sorprendió, pues no sabía que padeciera de algo, pero al parecer él tampoco. Me había dicho, en más de una ocasión, que solía sufrir intensos dolores de espalda que lo habían llevado al médico varias veces (un disco descolocado había sido el diagnóstico) y que estos solo se mitigaban luego de una poderosa inyección. El chico ya se había acostumbrado a los síntomas y al tratamiento, de modo que cuando las molestias lo visitaron la última vez acudió a la farmacia más cercana a proveerse del medicamento. No alcanzó a llegar, el dolor era tan intenso que se desmayó. Su madre acudió en su auxilio, lo llevó al hospital y en menos de tres horas había perdido para siempre su apéndice y su vesícula. En ese instante pensé horrores de los médicos, y proferí en silencio una cantidad indeterminada de insultos; me alegró, por contra, que el muchacho estuviera bien y que la causa real de sus dolores de espalda hubiera al fin desaparecido.

Hace unos días, el alumno regresó a mi oficina y me mostró sus cicatrices. Después de examinarlas durante unos segundos, le pregunté —con algo de sadismo, lo confieso— si en su esquema matemático de vida había considerado la categoría de ‘imprevistos’. No me respondió, pero una sonrisa forzada me indicó la duda.

Cayetana murió de frío

■ **Aída Párraga** | Poeta, actriz y periodista cultural salvadoreña.

“Cayetana murió de frío”, ese fue el diagnóstico del Dr. Sebastián, con sus ojillos brillantes y llenos de curiosidad por tan extraño caso, volvió a ver a mi mamá y le repitió, más para convencerse él que para convencerla a ella, “Cayetana murió de frío”. Esto no hubiera sido extraño si hubiéramos vivido en una de esos países que salen en los calendarios donde las casas de madera y los árboles están todos cubiertos de blanco y hay venados, pero en Ere-guayquín, aunque todo se ve blancuzco también, es por el polvo seco y persistente no por la delicada nieve del invierno.

Aquí el calor es cosa de siempre, ese calor húmedo y pegajoso que obliga al tiempo a arrastrarse por las calles desiertas al mediodía, siempre es igual, no importa que llueva o que sea de noche, el calor se queda instalado en los portales y se alborota después del aguacero. Es difícil soportarlo con decencia, los hombres van con los sobacos de las camisas húmedos y chorreando de la cara (por cierto que el chino de la tienda ha hecho un gran negocio fabricando sus propios pañuelos) y las mujeres no hayan cómo ventilarse maneadas con ese montón de fustanes y trapos con que las cubren.

Sin embargo, y a pesar de todo este calor que empezaba a quemar la tierra, tostándola al punto que agrietarla, mi hermana, según el doctor, ha muerto de frío... Y aunque nadie lo entiende, todos saben que es cierto. Mamá se ha limitado a asentar mientras le cubría la cara a la Cayetana con la sábana. De alguna u otra manera, ya esperábamos esto.

Todo comenzó el día en que fuimos a la estación del tren a esperar a la prima Carlota que venía de visita para las vacaciones de Agosto, mamá nos mandó muy arregladas para que le diéramos la bienvenida a la prima de la capital. A mí me hizo poner el vestido blanco con revuelos que me disgusta tanto, me jaló el pelo hasta dejarme china y me hizo dos trenzas, luego me quitó los guaraches y me obligó a usar los zapatos de charol que sólo me pongo para las misas de Navidad, bautizos y comuniones, y por último me encasquetó un sombrero blanco con una horrorosa flor rosada a un lado. La Cayetana no tenía tanto problema para vestirse, todos sus vestidos le gustaban bastante y como a cada momento le decían que ya era una “señorita”, se empezaba a comportar tal cual. Con sombrero y flor, nos fuimos para la estación del tren, que está ahí a tres cuadras de la oficina de correos, pasamos por el parque para comprar una minuta de tamarindo con jalea, que por cierto me costó mucho comérmela sin manchar el horrible vestido de los revuelos, mi hermana no quiso minuta pero se compró un sorbete de carretón y nos fuimos para llegar a tiempo. El calor era el mismo de siempre por lo que la minuta llegó convertida en fresco a la estación. Tuvimos que esperar un rato largo porque el tren estaba

retrasado. Nos sentamos en uno de los bancos, bajo la sombra, y nos quedamos quietas para sudar lo menos posible. A mí me corrían gotas por todas partes; cuando llegó el tren ya tenía empapado el cuello y un par de revuelos de las mangas. La emoción de la llegada de esa máquina grande y poderosa nos hizo olvidar por un momento el sopor de la una de la tarde y nos paramos alegres a ver bajar a los pasajeros, no es que mucha gente venga de visita a Ere-guayquín, pero dos que tres comerciantes bajan todos los días a esta hora y vuelven a subir a las cinco, cuando el tren va de vuelta para el occidente. Además, en esta oportunidad, esperábamos a la Carlota, la prima que venía todos los años a pasar la semana de Agosto con nosotras, tiene quince años, es un año mayor que mi hermana, y teníamos muchas ganas de que llegara pues nos la pasábamos muy bien jugando con las chintas de palo y haciendo collares con frijolitos y semillas de copinol. También íbamos al mercado a comprar yuca con chicharrones y mangos verdes, en fin, que nos gustaba estar juntas y que nos contara de la capital, de los carros y los edificios y las ruedas que llegaban para la feria.

Sin embargo, ese día nos llevamos una gran sorpresa, del tren bajó una “mujer” con un vestido corto y muy ajustado, con zapatos de tacones altos y delgados, con medias, pintarrajeada de la cara y con el pelo cortito cortito, como el de los cipotes que van a la sanidad, y ¡esa era la Carlota! Nunca la habíamos reconocido si ella no nos habla. Se acercó, nos abrazó, y acto seguido se empezó a quejar del calor que hacía. La Cayetana y yo no lo podíamos creer, esa no era la Carlota de todos los años, no era la prima con la que jugábamos y hacíamos collaritos, era otra, ¡nos la habían cambiado en alguna parte!

Finalmente cerramos la boca y la volvimos a abrir para saludar, recogimos las maletas y caminamos de regreso a la casa, por todo el camino fuimos escuchando a la prima que nos contaba cómo los muchachos de la capital la seguían y querían estar con ella, cómo había dejado de comer tortillas y fritada para no engordarse, cómo se había rasurado las piernas, cómo se había rasurado los sobacos, ¡perdón! “Las axilas” y cómo esto y cómo lo otro y mientras tanto todos los hombres que estaban sentados en las bancas del parque se le quedaban viendo y le decían cosas. La Carlota se reía y seguía caminando moviendo las nalgas para un lado y para el otro, a nosotras, la verdad, nos dio mucha vergüenza y por primera vez en mucho tiempo, nos sentimos felices de llegar a casa.

Mi mamá también se sorprendió al ver a su sobrina tan “cambiadita”, pero igual la saludó con cariño, la llevó al cuarto de nosotras, que siempre compartíamos, y la dejó



para que se cambiara y pudiéramos almorzar. Yo también me cambié porque ya no aguantaba los revuelos, así que me puse mi vestido de manta y mis guaraches y salí corriendo al comedor. ¡Pucha! otra vez con la boca abierta porque la Carlota se había puesto unos pantalones azules, de esos que les dicen “yines”, pero pegados pegados, qué digo pegados, ¡juntados al cuerpo! y una blusita que de chiquita se le veía la panza. La Cayetana estaba roja de la cara sólo de verla y la otra lo más tranquila, diciendo que se había traído lo más fresco porque en ese pueblo el calor era terrible y no se aguantaba y no entendía como era que la Cayetana andaba tan maneada con tanto trapo, que por qué mejor no se ponía uno de sus yines que le iban a quedar bien... Y fue entonces, que mi hermana empezó a sentir frío.

No -le dijo- te lo agradezco, la verdad es que yo no tengo tanto calor- Y se abotonó la blusa hasta arriba.

Los días en Ere-guayquín pasan muy despacio, el calor se encarga de eso. Y esa semana pasaron todavía más despacio que de costumbre gracias a los constantes rezongos de la prima, que si el calor esto, que si el calor lo otro y siempre encontraba algo más chiquito que ponerse, dizque por el calor. En las noches se quitaba todo y dormía casi chulona, así como Dios la trajo al mundo, dizque por el calor también; lo chistoso es que compartía cama con la Cayetana, y mientras mi prima se desnudaba mi hermana se embozaba hasta la cabeza, yo le decía que se iba a ahogar con tanto calor, pero ella insistía en que tenía frío.

El jueves, dos días antes de que la Carlota se regresara a la capital, mamá recibió la visita de las niñas Domínguez, dos viejas brujas que se encabritaban todas cuando alguien las llamaba “Señoras”, -Señoritas!- corregían inmediatamente, que porque nunca se habían casado. Nunca me cayeron muy bien, pero como yo las recibí en la puerta no tuve más remedio que saludar de buena gana. Mamá las hizo pasar al corredor porque es el único lugar de la casa en que se puede uno esconder del calor y dis-

frutar el aroma de los geranios y el frescor de los mangos del patio. La Cayetana y la Carlota estaban sentadas a la par de la pila, ahí, donde termina el corredor, yo me senté con ellas y nos quedamos platicando y haciendo collares de copinol. Las “señoritas” no dejaban de ver a mi prima, hasta la llamaron para hacerla que modelara unos sus calzones de lona cortitos y muy socados, ella muy linda se dio la vuelta de un lado y luego del otro y les dijo que cuando regresara a su casa iba a hacer un curso de modelaje para salir en las revistas, después se sentó de nuevo con nosotras y nos quedamos ahí hasta que se fueron las visitas.

Mi hermana y yo salimos con ellas hasta el portal a despedirlas, nos quedamos en la puerta viéndolas alejarse, no sé si ellas creían que no las oíamos o lo dijeron fuerte para que las oyéramos, pero fue entonces que dijeron que la Carlota no sólo tenía calor, sino que el fuego del infierno le estaba quemando la sangre, y que así como estaba iba derecho a la calle de Las Oscuras, ahí, donde terminaban todas las mujeres sin vergüenza. Fue esa noche que la Cayetana empezó a usar el chal de lana que estaba guardado en el baúl.

La Carlota se fue el domingo siguiente, fuimos todos a despedirla a la estación, mi mamá llevaba a Petronilo, el carretonero, para que ayudara a subir el canasto con tamales, elotes, mangos, chancacas, topostes y todas las delicias que se producen en este pueblo y que cada agosto manda a su hermana en la capital.

Hace cuatro meses que se fue la Carlota y estoy segura que ha de tener calor todavía porque se llevó el de mi hermana. Por más que mi mamá le insistía que dejara de usar ese horrible chal de lana, la Cayetana no se lo quitaba ni para dormir, cada vez que alguien decía algo sobre el calor inclemente que no amainaba nunca, ella decía que no, que más bien estaba como “muy fresco”. En octubre, cuando empezaron a soplar los vientos, mi hermana empezó a usar calcetines y mi mamá a preocuparse de verdad, llamaron al médico que la examinó y le dio jarabes y consomés de cusuco y de garrobo, pero no pasó nada, seguía con frío, tocarle las manos era como tocar una paleta, helada helada, y para entonces, ya estaba pálida como aliento de fantasma. Hasta las señoritas Domínguez le preguntaron un día que las encontramos en el parque, si no tenía calor con tanta ropa y les contestó que no, que más bien estaba como “muy fresco”. Y hoy amaneció así, tilinte, pero sobre todo, helada.

La Carlota y mi tía llegan hoy de la capital para acompañarnos en la misa y el entierro y yo, por si las dudas, ya le pedí a mi mamá que me compre uno de esos “suéteres” que vende el chino.

La penúltima palabra

¿Cuántas personas han colaborado con el Suplemento Cultural Tres Mil? Realmente es una tarea titánica tratar de precisar ese dato. En más de 19 años de labor ininterrumpida, los escritores, poetas, artistas, intelectuales, amigos, colaboradores que ha tenido el 3000 es inabarcable. Algunos de ellos ya murieron y cubren de gloria a este humilde espacio cultural. Vale recordar a Alvaro Menén Desleal, Roberto Armijo, Rolando Elías, Ovidio Villafuerte, Heriberto Montano, Rafael Herrera, Lilian Jimenez, Melitón Barba, Chema Méndez, Camilo Minero, Saúl Elías, Ulises Masís, Dagoberto Segovia y muchos más que se escapan a la pobre memoria. ¡Cuántos vieron por primera vez sus escritos publicados en este vespertino! Lo cierto es que sería difícil que un autor salvadoreño no haya visto por lo menos una vez algo de sus escritos poblando estas páginas. Pero las puertas también se han abierto para que desde cualquier punto del mundo las colaboraciones lleguen y también abonen este empeño generoso de colocar lo mejor del pensamiento humanista al alcance de todos los salvadoreños. Son miles de voces que ahora culminan el primer millar de ediciones, todas en la búsqueda del preciado lector que en este tiempo se ha multiplicado y se ha vuelto la parte más preciada del suplemento. Como queremos que esta fiesta sea de todos, nos hemos brincado el número mil y pasamos al mil uno, porque pretendemos hacer una edición mil con el abrazo de todos los que bienquieren al diario y a este suplemento que se vuelve milenario a partir de hoy. Un saludo a todos y gracias por ser la sangre de este árbol que ha crecido en todas direcciones. Todo hace indicar que este segundo millar de ejemplares que hoy iniciamos, encontrarán un mejor derrotero, a juzgar por los cambios que desde ya se evidencian en el horizonte de nuestro destino como nación. Y un gran abrazo a las madres en su día.

OG



Cd. Tijuana 8 de marzo 2008

LA MADRE Manuel Luna



A: Blanca Gilma

Ganusa

La madre cumplirá ochenta años.
Desde que ella era joven
Fue difícil encontrarla
Un medio día estaba ahí, frente a mí
Y supe por una voz que se escondía,
que ella era

mi madre
Y conocí sus ojos de mirada profunda
Su risa ya no era de una muchacha
Su sonrisa era mas acertada, sus
palabras, su andar
Comí de ella su primer desayuno
Y comenzó la historia:
El hijo que había encontrado a la
madre
Así me entere que mi rostro estaba
calcado por- su rostro
Que llego sola a la gran ciudad
Y que poco o nada recordaba de sus
ancestros
Un hermano que vivía en un puerto
no muy lejano
Así es que casi he perdido a esa
familia
La madre cumplirá años
Desde que ella era joven
Sería madre soltera, tenía que estar
ella sola para estar bien
- Así me lo dijo -
Hoy pensé en ella, se acerco su
imagen, la vi en su casa
Con sus plantas alrededor
Con su perra llamada Nieve
Conversando con sus hijos
lejanamente
Y ha dejado de pasar por aquellos
pasillos
Del hospital donde ella trabajaba
La madre cumplirá ochenta años de
vivir
La madre estará ahí, algún hijo toca la
puerta- la perra ladra-
La madre esta regando las plantas

MI AGUJA Lucy Chau

El aun no sabe
pero estoy ahí
alerta de sus sueños;
cuando despierte ya todo habrá pasado:
el nido, el canto, la aurora helada
y los lamentos de cristal
bañados en sudor de madrugada.
El no sospecha
que a la mínima tos acudo
en uniforme de batalla;
cree que despierta al mundo
en su enérgica llamada.

Si los momentos se agolpan
voy, los cuento, me callo
y regreso a esperar su llanto mariposa,
el azul penetrante de su prosa:
lluvia de palabras cortas.

Me acuesto en la promesa,
digo dos "te quiero" en susurros de cal
y espero para dar los buenos días
vestida de ternura
en caso de que el sol muera naciendo.

El no sabe,
yo contesto sus delirios,
bailo al ritmo de sus ojos,
pido proteger la imagen que se engendra.

A mi, que el sueño me llegó
como caricia,
salto de la cama con sollozos,
odio los silbatos, los motores,
y los gritos de auxilio de un pajar
en que mi aguja
duerme tranquila
sabiendo que su madre lo vigila.

PROGRAMA EN VOZ ALTA

Radio Clásica. 103.3 FM.
Tema: Panorama crítico
de la lectura en nuestro sistema
educativo.

Invitado: Lic. Manuel Velasco,
Depto de Letras-UCA.
Fernández.

Día: Miércoles 13 de mayo.
Hora: 9 pm.

Retransmisión: Domingo 17 de
mayo.
Hora: 9 pm.

PROGRAMA DEBATE CULTURAL

Televisión Educativa y Cultural.
Canal 10.

Tema: Roque Dalton
y las vanguardias literarias.
Invitados: Dr. Roque Baldovinos
(UCA)

y Dr. David Hernández (UES)
Día: Viernes 15 de mayo.
Hora: 9 pm.

GRACIAS CHICA MALA Miguel Ángel Chinchilla

Hace algunos días Arabella Salaverry me envió su más reciente libro de poesía "Chicas Malas", publicado en Costa Rica por Uruk Editores. Arabella es una guapa costarricense, madura ella, preciosa, poeta, actriz, productora de medios y actual presidenta de la Asociación Costarricense de Escritoras, autora de los poemarios: Arborescencias, Breviario del Deseo Esquivo y Continuidad en el Aire.

Consta este libro de 27 poemas divididos en cinco segmentos cargados de nostalgia y existencialismo, como una visión al vuelo de su vida.

En el primer poema que da título al libro, "Chicas Malas", comienza hablando en pasado "fuimos las chicas malas", confesando además haber fumado hierba y con cierto temor de tica burguesa "por el que dirán", admite que en el fondo sigue siendo una chica mala, aunque a mí no me lo parece tanto.

Nos cuenta también más adelante de ciudades visitadas en poemas como inacabados, como apuntes turísticos de un diario personal, que sinceramente es la parte que menos me gusta del libro.

Encontramos en el libro poemas intimistas: a la madre, a los hijos, y acude con recurrencia a los símbolos elementales del inconsciente poético: la sed, el hambre, el viento, las alas, la muerte, el sexo, "la noche/ bifurcándose/ en la helada herida/ dormida entre mis piernas".

Conocí a esta chica mala en noviembre pasado, en Managua, Nicaragua, durante una reunión de ADECA (Asociación de Escritoras y Escritores de Centro América). En aquella oportunidad Arabella me obsequió un libro, un disco y una mirada profunda de "alma en celo".

Cuenta el libro con un prólogo de Marjorie Ross y una portada casi erótica de un coturno de fémora de los años cuarenta, ilustración de Romina Chamorro.

"En los sesentas -dice la prologuista- las muchachas desechaban el brassiere y se soltaban el alma en la palabra, mientras se les dormía la sombra".

Gracias chica mala por enviarme tu libro y compartir tu palabra húmeda y sensual, "doliente y nostálgica" como bien dice Marjorie. A ver cuándo coincidimos nuevamente en otro encuentro de escritores, por de pronto hermana te mando un beso como soplo en el lóbulo, como aliento de ángel incestuoso ¡Abur!

San Salvador, 05 de mayo de 2009. En el 191 aniversario del natalicio de Karl Marx.

Homenaje a cinco poetas mártires:
Roque Dalton, Lil Milagro Ramírez, Alfonso Hernández, Jaime Suárez Quemain y Mauricio Vallejo

Sexto Encuentro Internacional de Poetas

«El turno del Ofendido»

Calendario de lecturas

LUNES 18 DE MAYO 2009

9 am

Colegio Fátima de Santa Tecla

Waldina Mejía, Héctor Hernández Montecinos, Ahmad El-Shahawi y Néstor Durán.

10 am

Colegio San José de Quezaltepeque

Lucy Chau, Armida García, Javier Romero, Crosby Lemus y Rainier Alfaro.

10 am

Instituto Nacional de Aguilares

Ámbar Past, Rodolfo Häsler, Nelson Echenique y Mauricio Vallejo.

3 pm

Centro Escolar Nicolás Aguilar Tonacatepeque

Ámbar Past, Rodolfo Häsler, Nelson Echenique, Mauricio Vallejo y Rodolfo Herrera.

4 pm

Instituto Nacional Walter A Soundy de Santa Tecla

Lucy Chau, Héctor Hernández Montecinos, Ahmad El-Shahawi, Nestor Durán y Roberto Deras.

4 pm

Complejo Educativo Humberto Romero Alvergue

Armida García, Waldina Mejía, Javier Romero, Raquel Cañas y Rainier Alfaro.

MARTES 19 DE MAYO 2009

8 am

Cárcel de Mujeres de Sensuntepeque

Lucy Chau, Ámbar Past, Armida García y Nora Méndez.

10 am

Universidad Evangélica

Ahmad El-Shahawi, Nelson Echenique, Javier Romero, Tomás Andreu e Hilda Henríquez.

10 45 am

Colegio Bautista

Rodolfo Häsler, Héctor Hernández Montecinos, Waldina Mejía y Silvia Matus.

3 pm

Auditorio de la UES Santa Ana

Ámbar Past, Rodolfo Häsler, Nelson Echenique, Raquel Cañas y René Chacón.

7 pm

Café Expresiones de Santa Ana

Lucy Chau, Rodolfo Häsler, y Rodolfo Herrera.

7 pm

Hotel Las Flores de Chalchuapa

Ámbar Past, Nelson Echenique y Marco Pernavarre.

7 pm

Café de Don Pablo de San Sebastián

Armida García, Héctor Hernández Montecinos, Waldina Mejía, Javier Romero y Rainier Alfaro.

8 pm

Leyendas Café Bar

Ahmad El-Shahawi y Nora Méndez.

MIÉRCOLES 20 DE MAYO 2009

9 am

Complejo Educativo "Federico González" de San Sebastián

Armida García, Héctor Hernández Montecinos, Javier Romero, Antonio Aguilera, Waldina Mejía, Rainier Alfaro, Roberto Deras y Ligia Molina.

10 am

Instituto Nacional Miguel Azucena de Chalchuapa

Lucy Chau, Nelson Echenique, Ahmad El-Shahawi y Marco Pernavarre.

10 am

Centro Escolar Salvador Martínez Figueroa de Texistepeque

Ámbar Past, Rodolfo Häsler, Crosby Lemus y Rodolfo Herrera.

3 pm

Instituto Nacional de Santa Ana

Lucy Chau, Rodolfo Häsler, Rodolfo Herrera y René Chacón.

3 pm

Complejo Educativo de San Sebastián

Waldina Mejía, Javier Romero, Antonio Aguilera, Roberto Deras, Armida García, Héctor Hernández Montecinos, Rainier Alfaro y Ligia Molina.

4 pm

Plaza de San Sebastián Salitrillo

Nelson Echenique, Ámbar Past, Ahmad El-Shahawi, Crosby Lemus y Marco Pernavarre.

7 pm

Club de Leones Chalchuapa

Lucy Chau, Ámbar Past, Rodolfo Häsler, Nelson Echenique y Ahmad El-Shahawi.

JUEVES 21 DE MAYO 2009

9 30 am

Liceo Raúl Contreras de Cojutepeque

Armida García, Héctor Hernández Montecinos, Waldina Mejía, Javier Romero y Rainier Alfaro.

10 am

Instituto Nacional Benjamín Estrada Valiente de Metapán

Nelson Echenique, Rodolfo Häsler, Ahmad El-Shahawi y Crosby Lemus.

10 am

Instituto Nacional Coatepeque

Ámbar Past, Lucy Chau, Vladimir Amaya y Tomás Andréu.

3 pm

Cárcel de Mujeres de Ilopango

Armida García, Héctor Hernández Montecinos, Javier Romero, Raquel Cañas y Ligia Molina.

4 pm

San Antonio Los Ranchos

Lucy Chau, Ámbar Past, Néstor Durán y Roberto Deras.

8 pm

Café La Habana

Rodolfo Häsler, Waldina Mejía y Silvia Matus. Raquel Cañas

VIERNES 22 DE MAYO 2009

10 am

Colegio Padre Arrupe

Lucy Chau, Rodolfo Häsler, Javier Romero, Roberto Deras y Vladimir Amaya.

10 am

I N de Opico

Ahmad El-Shahawi, Ámbar Past, Waldina Mejía, Marco Pernavarre y Néstor Durán.

10 am

Universidad Don Bosco

Héctor Hernández Montecinos, Nelson Echenique, Armida García, Tomás Andréu y Rainier Alfaro.

2 pm

Colegio Cristóbal Colón

Héctor Hernández Montecinos, Nelson Echenique, Lucy Chau, Rodolfo Häsler y Vladimir Amaya.

DIRECTORIO

Director de Diario Co Latino
Francisco Elías Valencia

Suplemento Cultural **Tres Mil**,
Diario **Co Latino**
23a Avenida Sur # 225,
San Salvador, El Salvador, C. A.

Teléfono: (503) 2271 0822
Teléfono: (503) 2222 1009

Coordinador general | Editor | Diseño y diagramación: Otoniel Guevara
Coordinador Aula Abierta: Vladimir Baiza
Investigación y archivo: Roberto Deras
Entrevistas: David Juárez
Información: Mauricio Vallejo Márquez
Graficación: Camilo Fonseca
ADECA: José Antonio Domínguez
ALBA Escritores: Pablo Benítez

COLABORADORES
En El Salvador: Tomás Andreu | Edgar Alfaro | René Chacón | Néstor Durán | Alvaro Darío Lara |
En el mundo: Carlos Ábrego (Francia) | Luis Manuel Pérez Boitel (Cuba) | Javier Campos (Estados Unidos) | Norman Douglas (Panamá) | Gabriel Jaime Caro (Colombia) | Víctor Rojas (Suecia) | Silvia Favaretto (Italia)

Las opiniones vertidas en los textos son responsabilidad de sus autores. No nos responsabilizamos por la devolución de originales no solicitados, ya sean textos o imágenes en cualquier soporte posible. Toda colaboración deberá enviarse por correo electrónico a:

culturatresmil@yahoo.com.mx

